

ÁNGEL GIL CHEZA

SURFERRÁNEA



**Alguien silba
en la niebla**



SURFERRÁNEA

ÁNGEL GIL CHEZA

SURFERRÁNEA



**Alguien silba
en la niebla**

edebé

© Ángel Gil Cheza, 2025

© Edición: Edebé, 2025
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Aurora Iraitá

Primera edición, mayo 2025

ISBN: 978-84683-7393-5
Depósito legal: B. 343-2025
Impreso en España
Printed in Spain

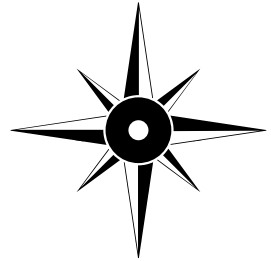


Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

*A mis alumnos y alumnas,
porque lo que se escribe no existe
hasta que alguien lo lee.*

Los lugares no existen,
existe el viaje que hacemos hasta ellos.



CAPÍTULO 1

Había pasado todo un año. Parecía que todavía podía escuchar las voces del verano anterior, todo lo ocurrido en aquella playa, aquella maldita playa que lo hizo tan feliz. Jero miraba por la ventana del autobús y recordaba haber caminado por aquella cuneta más de una noche, con el *skate* bajo el brazo y la camiseta empapada en sudor, con la brisa de la madrugada refrescando su espalda. Qué verano tan increíble fue el anterior y, sin embargo, todo se desvaneció de repente, como un sueño, como un castillo de naipes, como la espuma del mar cada tarde... Todo acabó desapareciendo, como por arte de magia. Ahora regresaba, y las aventuras vividas no eran más que un recuerdo...

Aun así, nada parecía haber cambiado mucho, las mismas caras enrojecidas por el sol en los viandan-

tes, el mismo olor a jazmín, la misma gente, casi en la misma posición, como si el tiempo aquí pasase a otra velocidad. El autobús llegó a la playa y giró; hacía un día de auténtico verano, cientos de coches ocupaban los diferentes aparcamientos. De lejos ya pudo distinguir a Irene en la parada del bus, y cuando el vehículo se detuvo, se alegró por primera vez en todo el viaje de haber vuelto a Burriana, aquel pueblo de sus antepasados.

—Hola, primo, estás más flaco —dijo la chica.

—Hola, Irene, tú estás... cambiada —acertó a decir Jero.

—Ah, ¿esto? —preguntó Irene rascándose un costado de la cabeza que se había rapado—. Me cansé de tanto pelo, así es más cómodo.

—¿Cómo está la *iaia* Carme?

—Sigue en el hospital, en la UCI. Mi madre está allí ahora. ¿Va a venir la tuya a verla?

—No puede, de momento... Está trabajando. Creo que por eso me ha hecho venir a mí.

—¿Cómo ha ido el curso?

—Normal, ¿y tú?

—Regularas —dijo mientras cogía la mochila de Jero y comenzaba a caminar hacia la casa.

—Déjame a mí —protestó él.

—Estás demasiado flaco, yo me encargo... A ver si aquí te pones hasta arriba de comida de verdad.

Era inevitable no pasar por delante de la casa de Irta.

Pero Irene no dijo nada al respecto. Fue Jero quien preguntó:

—¿Sabes algo de ella? ¿La has visto?

Irene se detuvo y lo miró a los ojos.

—No, no vive aquí ya. Está con su madre en algún sitio en el norte.

Jero no pudo ocultar la cara de decepción.

—¿Qué pasó, Jero? ¿Qué pasó entre vosotros? ¿Por qué te fuiste a mitad del verano corriendo? Creía que éramos más que primos, primo. Pero no hablaste conmigo de nada.

—No podía..., no puedo. No...

—No importa, ya te he perdonado. Tenía muchas ganas de verte. Ven aquí, joder, que no me has dado ni un abrazo —exclamó mientras lo apretaba con sus bronceados brazos de surfista.

Por la tarde llegó la tía Júlia del hospital. La *iaia* estaba estable pero continuaría en cuidados intensivos un tiempo. Jero se instaló en su antigua habitación, y al depositar sus cosas sobre el escritorio, se quedó mirando por la ventana hacia la casa de Irta. Su contraventana estaba cerrada. Definitivamente, allí no dormía nadie. De pronto le vinieron a la cabeza todas aquellas noches sin dormir que pasaron charlando en el jardín. Primero, a través del seto, sin verse, cada uno desde su casa, y más tarde, ya, colándose uno en el jardín del otro. ¿Cómo se podía haber estropeado todo tan rápido? Ni siquiera él lo terminaba de comprender.

Quizá era mejor que Irta no estuviera en la casa, era menos doloroso de aquella forma. Ni siquiera lo había llamado tras la operación, pero sabía que había ido bien porque la señora Matilde, su abuela, se lo había dicho a la *iaia* Carme.

Aquella noche los Cullerots al completo se reunieron en la playa, como de costumbre. El verano todavía estaba comenzando y no había tanta gente como bien entrado julio, o en agosto. Hicieron un pequeño fuego y comieron unas *pizzas* a su alrededor. Darío y Rebe estuvieron tocando la guitarra. Según le había contado Irene por la tarde, por fin se habían dicho lo que sentían el uno por el otro. Los que no habían cambiado eran Ricard y Juth. Continuaban estando juntos todo el tiempo, como siempre. Cuando quedaba el grupo, ellos llegaban juntos, y cuando se despedían, se marchaban juntos. Pero no había nada entre ellos. Eran como hermanos, o como uno de esos viejos matrimonios, pero no eran más que amigos, por lo visto. Por su parte, Sawam continuaba pareciendo sacado de un anuncio de televisión. El tiempo no pasaba para él. Su piel aceituna y su pelo de caracolas aparecían de la nada, con su caminar solemne y pausado, como si fuera a continuar sin detenerse hasta llegar a la orilla y caminar sobre las olas. Pero no lo hizo, se sentó con el resto del grupo y se abrió un refresco.

—Así que has vuelto —dijo Juth—. Me alegro de verte.

—Gracias, yo también me alegro de volver a estar aquí —respondió Jero.

—Mañana hay olas seguro. Hemos quedado a las siete de la mañana —dijo Darío.

—Ni siquiera recuerdo lo poco que aprendí de surfear, tendré que comenzar de nuevo.

—¿Has visto a tu chica? —preguntó Rebe, que como pasaba el invierno en Barcelona no se había enterado de nada.

Irene la miró mal, pero nadie se percató porque la noche era oscura y el fuego apenas les alumbraba el rostro.

—¿A Irta? —preguntó extrañado Jero—. No, no es mi chic... No la he visto.

—¿Cómo que no? —insistió—. Si la he visto hasta yo... esta tarde, en el parque.

—Eso no puede ser —replicó Irene.

—Te digo que la he visto, iba con su hermano.

Jero e Irene se miraron, pero no se podían ver las caras.

—Déjalo ya —interrumpió Ricard.

—¿Qué pasa? No lo entiendo —insistió Rebe.

Juth se acercó un poco a ella y le susurró algo al oído:

—Irta no tiene hermanos.

—Uy —dijo Rebe.

Luego, un silencio muy incómodo lo aplastó todo como a un mosquito.

Así fue como Jero supo que Irta había ido a pasar el verano, y no estaba sola. Si tenía alguna esperanza de arreglar las cosas entre ellos, aunque solo fuera para ser amigos, ya podía quitárselo de la cabeza.

De vuelta en casa, al subir a su dormitorio, Jero no pudo evitar observar la ventana de Irta desde la suya. Y ahora sí, la persiana estaba abierta, había una ligera luz en el interior y para colmo de males se escuchaban voces, y alguna que otra risa que rasgaba la noche como si fuese un pedazo de seda. Era Irta, no había duda. Y ya no pensaba en él desde hacía mucho tiempo. Aun así, nunca era tarde para disculparse y comportarse como una persona educada y no como un capullo, que era como se sentía. Se apartó de la ventana y se tumbó en el fresco suelo de estilo modernista. Cuando lo venció el sueño, viajó a otro tiempo, otro verano, cuando él e Irta jugaban a que no sabían lo que cada uno sentía por el otro.

La puerta se abrió sobre las nueve de la mañana.

—Despierta, primo, hoy es el último domingo de mercado en la playa. En el mes de julio no habrá, y quiero dar una vuelta. ¿Te vienes?

—¿Mercado? —refunfuñó Jero desde el suelo.

—Y ¿qué haces durmiendo en el suelo?

Un rato más tarde ambos salían de la casa de la *iaia* Carme. El mercado de la playa se celebraba todos los domingos del año, salvo los de verano. Así que aquel último domingo de junio era el último de mercado hasta octubre. Irene solía ir a buscar ropa por los montones

de «Todo a un euro», y de paso le compraba la fruta y la verdura de la semana a la *iaia*. Jero andaba tras ella pacientemente, pero se iba cansando de estar plantado mientras Irene rebuscaba, y comenzaba a hacer mucho calor.

—¿Podemos irnos ya?

—Espera, cinco minutos y nos vamos. Antes tenemos que comprar una sandía en aquel puesto de allí.

Cuando estaban a punto de salir del mercado, con sandía incluida, Jero vio un tenderete que le llamó la atención.

—¿Podemos acercarnos? —preguntó.

—Claro —respondió Irene.

Era una especie de tienda de antigüedades y objetos de coleccionista. Solía haberlas en los mercados semanales de los pueblos de la zona. Había vasijas, cuadros antiguos, cuchillos con piedras en la empuñadura, una lámpara de araña, soldaditos de plomo, la maqueta de un barco pirata, un timón, una bicicleta clásica... Jero e Irene anduvieron por allí curioseando, mientras la compra los esperaba en el suelo en bolsas reutilizables.

—¿Estás bien? —preguntó Irene.

—Claro, ¿a qué viene eso?

—Por lo de anoche, lo que dijo Rebe de que había visto a Irta...

—Estoy bien. No pasa nada...

—Bueno, si quieres hablar, ya sabes dónde está tu prima... —dijo, pero enseguida cambió de tema—: ¿Qué mierdas...?

Jero se dio la vuelta y supo que aquel verano tampoco iba a ser normal. Entonces comprendió que algo lo empujaba a estar allí de nuevo. Que aunque hubiese nacido y crecido en Madrid, aquella costa tenía mucho de él, y él no podía dejar de sentirse atraído por aquel lugar misterioso.

—Es una fotografía antigua —dijo el hombre—. ¿Te gusta?

—Eso ya lo veo, sale mi abuela —respondió Irene.

En la aludida imagen se podía apreciar a un grupo de chicas adolescentes. Casi todas sostenían unos farolillos. Era una imagen un tanto tenebrosa, porque caía la noche y los rostros de las niñas eran inexpresivos, casi como si estuviesen en un funeral. En efecto, se podía casi adivinar el rostro de la *iaia* Carme en una de las niñas. Precisamente era la que no llevaba farolillo, sino que llevaba otro objeto entre las manos, aunque no se apreciaba bien qué era.

—Son *fanalets* —dijo el hombre.

—Lo sé... —respondió Irene.

—¿Qué es eso? —preguntó Jero.

—*Fanalets*, farolillos. Se hacen con una sandía. Se vacía, se tallan figuras geométricas en la corteza, o se recorta una sonrisa, la luna, el sol, las estrellas..., lo que sea. Luego, se coloca una vela encendida en su interior y se pasea colgando de un cordel.

—En aquella época, en el puerto, los chicos y las chicas hacían una pequeña procesión la noche de

San Juan en memoria por los marineros muertos en el mar.

—¿Puedo ver la fotografía? —preguntó Jero.

—Claro —respondió el hombre.

Jero le dio la vuelta al marco y encontró lo que buscaba.

—La saqué de un barco en ruinas —explicó el hombre—. Llevaban sin navegarlo muchos años. Estaba lleno de cosas de una familia, supongo que la de alguna de las chicas que aparece en la foto. ¿Os interesa?

—No, no me interesa —dijo Irene.

—Sí —interpuso Jero—. ¿Cuánto quiere por ella?

El hombre dudó, estaba claro que estaban interesados, así que dijo:

—Cincuenta euros.

—¿Qué?

—Es una antigüedad —espetó.

—Es una mierda de foto que no le va a comprar nadie —dijo Irene.

—Veinte, no llevo más —dijo Jero.

—De acuerdo —se apresuró a responder el hombre antes de que Irene dijese nada más.

Cuando salieron del mercado Irene preguntó:

—¿Estás loco? ¿Para qué quieres esa antigualla?

—Creo que la *iaia* tiene algo entre las manos.

—Sí, lo he visto, pero no es un farolillo.

—Creo que es una botella, con un papel en su interior; creo que es un mensaje en una botella.

—¿Un mensaje? Ya empezamos... ¿Piensas que va a haber un mapa y un tesoro cada verano que vengas de vacaciones?

—No, pero la foto fue tomada en 1970.

—Y ¿por qué estás tan seguro?

—Porque lo pone aquí debajo. Era la Noche de San Juan de 1970.

Jero le mostró a Irene la base de un farolillo. Efectivamente, ponía 1970.

—Es el año en que ocurrió todo: murió el señor Miquel, la *iaia* Carme y la señora Matilde dejaron de hablarse, desapareció el danés Jornard...

—Bueno, pero Jornard acabó apareciendo, ¿no? Tú me lo dijiste...

—No estoy seguro. Creo que sí, apareció amnésico en Mallorca. Apareció en una playa... aunque no hay forma de comprobar si era él, ni si sigue vivo... Pero eso puede esperar ahora, lo importante es averiguar qué mensaje había en la botella. Tenemos que hablar con la *iaia*.

De pronto a Irene le cambió el semblante. Era como si hubiese visto un fantasma.

—¿Qué te pasa, Irene? ¿Por qué te has quedado petrificada? ¿Me estás escuchando?

—Irta está detrás de ti.

